

UN MUNDO DE CUENTOS

- ¡Laura! ¡A cenar!

- ¡Venga, enana! ¡Que tengo hambre!

Todos los días eran iguales. Se levantaba, iba al colegio, aprendía, volvía a casa, merendaba, se peleaba con su hermano mayor por el ordenador, intervenía su madre y le dejaba primero a su hermano dos horas mientras ella hacía los deberes. Luego, ella se ponía a jugar al ordenador y su madre la llamaba justo cuando iba a terminar de recoger todas las cenizas de Cenicienta para ir al baile. Pero ese día no, ese día terminaría de recoger las cenizas. No pasaría nada por bajar a cenar un poco más tarde.

Así que Laura siguió jugando, ignorando los gritos de su madre hasta que terminó de recoger todas las cenizas. Pero, justo en el momento en el que pinchó en el botón para ir al baile, todo se volvió negro durante un instante. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que toda su habitación había cambiado. Estaba sentada en una silla delante de una mesa, sí, pero no había un ordenador, sino un cuenco lleno de cenizas y a su lado un vestido precioso.

Se empezó a preocupar de verdad, pero pensó que no le serviría de nada porque como decía su tía Margarita: "Lo hecho, hecho está", o también, "la paciencia es la madre de la ciencia". Como tenía mucha imaginación, pensó que se había metido dentro del juego de ordenador y que para salir tendría que hacer lo mismo que en el juego: pasarse los niveles. Así pues, Laura salió de la casa con el vestido puesto y se dirigió a palacio, donde debía bailar con el príncipe. Igual que en el juego, la princesa Laura bailó con el príncipe y mientras bailaba iba recordando cuál era el objetivo de aquel nivel..., entonces se acordó.
¡El zapato!

Cuando dieron las doce campanadas, Laura salió corriendo del palacio y en el momento en que dejó el zapato en la escalera se le volvió todo negro otra vez y apareció en la casita de los siete enanitos en el momento en que ellos le pedían que preparase una tarta de manzana. La pobre Laura no sabía nada de cocina salvo cómo se calentaba la leche en el microondas. En cuanto los enanitos se fueron a trabajar, Laura fue al pueblo donde intentó encontrar a alguien que le pudiera ayudar a preparar una tarta de manzana. Ya se iba a rendir cuando una chica le dijo que había en el pueblo un pastelero, Luciano, que fue muy famoso en su época por sus tartas de manzana, pero que con el tiempo se fue volviendo más y más aburrido y tristón. Ella decidió ir a verle. Pensó que a lo mejor si conseguía alegrarle un poco conseguiría que le diera la receta, así que le empezó a contar chistes. Al principio no le hizo ni caso, pero al final su boca empezó a parecer un plátano. ¡Cómo se reía! Finalmente, Laura volvió a la casa de los enanitos con la receta pero todavía le faltaba encontrar todos los ingredientes para hacer la tarta. Poco después de llegar, llamó a la puerta la mujer de Luciano con todos los ingredientes para hacer la tarta. Le explicó que gracias a sus chistes, ella y Luciano estaban más unidos que nunca, porque antes casi no le soportaba.

Laura, toda contenta, hizo la tarta. Cuando llegaron los enanitos y la probaron, notó que se caía, pero ni siquiera con su enorme imaginación pudo adivinar en qué cuento se había metido.

Terminó de caer y se encontró en una habitación altísima. Se hallaba en el cuento de Alicia en el País de las Maravillas y, como era su cuento favorito, se lo sabía de memoria. Tenía que encontrar a la Reina de Corazones y jugar con ella al críquet. Así que se puso en marcha. Se dio cuenta^{de} que ya se había hecho pequeña, por lo que se ahorró mucho tiempo, del que carecía, porque su madre ya la habría puesto miles y miles de castigos.

Entonces, entró por la puerta pequeñita y se adentró en el mundo de las Maravillas, donde todo era posible. Laura, ahora con la forma de

Alicia, se encontró con el Sombrerero y el Lirón que estaban celebrando su "no cumpleaños" tomando el té. Laura, al borde de un ataque de pánico por no poder hablar de nada lógico con ellos, decidió marcharse de allí. Luego se encontró con el Gato de Cheshire o Gato Sonriente, que le dijo por dónde se iba a los jardines reales, pero le advirtió de que no era fácil conseguir sortear a los pintores. Laura siguió hacia delante y cuando llegó a los jardines, vio a un pobre pintor que estaba a punto de caerse del árbol que estaba pintando. Era extraño, porque cuando pasaba otro pintor por delante no le ayudaban, sino que le decían que si derramaba la pintura por el suelo la reina le iba a decapitar. A Laura le daba mucha rabia que la reina le decapitara por caerse, así que fue a ayudarlo. El pintor le dio las gracias y estuvieron hablando un rato sobre lo que Laura hacía allí. Él le dijo que si necesitaba ayuda, se la daría y que le podía enseñar un atajo para ir al campo de críquet. Cuando llegó al campo se encontró cara a cara con la mismísima Reina de Corazones. Ésta le retó a un partido. Le dijo que si perdía la decapitaría y que si ganaba la dejaría vivir. Laura aceptó, nada podía perder porque sabía que sólo tenía que tocar el palo de críquet para ir al siguiente nivel: la Bella Durmiente.

Así fue, en cuanto tocó el palo todo se volvió oscuro de nuevo y apareció delante de un bosque de espinos y zarzas. Laura estaba aterrada, tenía pánico a las plantas que pinchaban. Tardó bastante tiempo en asimilar que tenía que afrontarlo y tranquilizarse, puesto que solo así podría superar la prueba final. Cuando se dispuso a partir, se dio cuenta de que ella misma era El Príncipe Azul y de que tenía una espada. Así, le sería mucho más fácil pasar entre los pinchos. Con la espada iba cortando las ramas y zarzas que había por el camino. Se hizo de noche, cada vez iba teniendo más frío y más sueño, así que decidió pararse en una casita que se encontró por el camino. Laura reconoció la casita, era la de las tres hadas madrinas de Aurora, la Bella Durmiente. Al final cayó en la cuenta de que si conseguía hacer una poción para convertirse en un lobo o un zorro, llegaría mucho antes al palacio.

Al día siguiente Laura se levantó muy pronto para hacer la poción. Encontró muchas pociones, una para hacer que una rosa sin pétalos vuelva a tenerlos otra vez, otra para convertir ranas en príncipes, otra para..., pero ninguna para convertirse en un animal veloz. Entonces la intentó preparar ella. Aunque los botes estaban en clave, como ella había dado en su colegio una clase que en su momento le pareció inútil sobre eso, ahora sabía cómo descifrar los frascos de ingredientes. Laura se puso manos a la obra mezclando los ingredientes que eran lógicos y necesarios para lo que quería. Un poco de aquí, otro poco de allá y... ¡Listo! La poción ya estaba hecha, solo tenía que tomársela. Cuando ya era un lobo fue corriendo hasta el palacio, entró y justo cuando su pata tocó a la Bella Durmiente apareció en su habitación, en frente del ordenador. Pero la pantalla había cambiado, ya no estaba Cenicienta recogiendo las cenizas, sino una frase que decía: "Para ser alguien hay que tener ciertas cualidades: ser buena con los demás, ayudar, no rendirse en la primera dificultad, actuar con lógica y tener suficiente fuerza de voluntad como para superar tus miedos".

Mandarina Sonriente